

# APUNTES DE UN NÁUFRAGO

*Dr. Rubén Quinteros*

*Si vagabas a la deriva en compañía de otras  
mil personas, ¿hasta qué punto podías decir  
que estabas perdido?*

Jodi Picoult

Es un hecho sabido que lo traumático sólo puede ser evaluado a posteriori, entonces ¿cómo escribir sobre la pandemia que aun transitamos? Podemos describir y hasta conjeturar sobre las reacciones que esta situación despierta, aviva e incluso inhibe en el sujeto; manifestaciones que son moneda corriente ante la vulnerabilidad pero que se torna inédita, paradójica, por involucrarnos a todos por igual, al mismo tiempo que –a cada uno de nosotros–, de una forma particular.

Naufragamos en un mar de incertidumbre, nos enfrentamos de forma ordinaria ante esa señal que no engaña llamada angustia, ese estado afectivo –al decir de Freud–, de reacción frente al peligro.

Pandemias hubo siempre y si ponemos la lupa sobre cómo la humanidad se posicionó ante ellas podríamos arriesgar a decir que no difiere mucho a lo que hoy sucede y que tiene que ver con la situación de amenaza que representan y con ese espacio irrepresentable y carente de inscripción: la muerte. Muerte que naturalizamos como asociada a la violencia de otros fenómenos colectivos como las guerras, las hambrunas, el terrorismo, etcétera, pero que nos sigue costando cuando

no es producto de nuestra belicidad sino de otro ser, de otra forma de vida, de lo intrínseco a nuestro propio ciclo vital y las pandemias representan en forma clara este fenómeno. Tal vez por eso las confinamos, parafraseando a Jorge Luis Borges-, a ese espacio de la memoria llamado olvido: la pandemia de gripe española mató a más personas que la primera guerra, la de poliomielitis dejó más muertos e inválidos; la peste del siglo XIV diezmó a Europa más que la guerra del 45, la pandemia de viruela del 1500 quintuplicó el número de enfermos y muertos de la que transitamos; pero celebramos aniversarios y homenajeamos a caídos por el ejercicio de nuestra agresividad: los enfermos y muertes de las que no somos culpables los negamos. ¿Qué aprenderemos de esta pandemia? Es una pregunta que desde el principio se ha instalado y sobre la que se sigue insistiendo; me atrevo a decir que no más de lo que aprendimos de las anteriores: a lidiar con el agente, producto del ejercicio del conocimiento epocal y que posibilitará cierto salto tecnológico, a poner en evidencia las desigualdades, nuestra vulnerabilidad, nuestro lado más humano y también a dar cuenta de nuestras peores miserias; a formular falsas promesas que pronto olvidaremos, a confinar lo esencial en el olvido y así será hasta la próxima pandemia.

Debo confesar que no escapé al canto de las sirenas, cuando se está a la deriva sujeto al mástil de la esperanza para no sucumbir a lo desconocido, es imposible no ceder a la tentación de lo que nos alienta, algo multiplicado por la tecnología en las comunicaciones, que es quizás el rasgo más distintivo de esta época. Con el tiempo uno va comprendiendo que esta peculiaridad es al mismo tiempo la que a veces imposibilita y perturba una forma apropiada de poder lidiar con la realidad. Y es entonces que con el transcurrir de los días el optimismo

fue trocando en una suerte de escepticismo (no sé si es el término más adecuado) que ahora –después de más de un año–, me habita.

La pandemia perturbó –como a todos–, lo ordinario, mi desempeño como médico asistencial y en el campo de psicoanálisis. No voy a hablar de lo cotidiano; de lo médico tal vez me sea permitido decir que atravesé diferentes etapas, al principio me inundó el entusiasmo que genera lo novedoso cuando irrumpe en el trabajo ordinario, manifiesto en la avidez por aprender, por saber; un entusiasmo casi infantil, desbordante en curiosidad, no exento de miedo e inquietud. A esta etapa le siguió el trabajo duro, donde ejercitamos lo que aprendimos y donde nos dimos cuenta que no era mucho... rozamos la impotencia y la tristeza. El tiempo capitalizó la experiencia que permitió a la tecnología nuevos desarrollos en fármacos y vacunas. Pero como dice Humberto Eco “la tecnología avanza, pero la humanidad parece avanzar a paso de cangrejo” y hoy más que nunca se hace evidente esa forma particular que tenemos de avanzar; no hace falta añadir nada, basta con ver ciertos comportamientos multiplicados y globalizados mediante los medios de comunicación, especialmente la nueva forma que han adquirido los antiguos chismes de pueblo, que hoy reciben el nombre de *fake news*.

Hoy nos echaron del panteón –donde nunca quisimos estar–, sostenido por metáforas bélicas y nos devolvieron al lugar del que nunca nos fuimos, donde seguimos trabajando en silencio, haciendo lo que mejor sabemos hacer, lo que elegimos... que no es poco.

En cuanto al psicoanálisis, ¿cómo la situación de pandemia ha perturbado mi ejercicio? ¿Cómo mis pacientes han

reaccionado ante lo disruptivo de esta situación? ¿Cómo afectó el trabajo que hacemos juntos? Qué hacer para que la situación externa común, el objeto común “pandemia” que compartimos, pueda generar movimientos transferenciales posibilitando que la relación analítica se despliegue y mantenga en movimiento: es difícil mantener la asimetría cuando naufragamos en el mismo barco, ese es el desafío: un “psicoanálisis posible” al decir de Khouri, Bruce y Elzirik en unas de los encuentros de FEPAL a propósito de la pandemia, encuentros que la tecnología multiplicó en el último año posibilitando un intercambio enriquecedor.

Muchas de estas preguntas han encontrado respuestas posibles, precarias muchas de ellas y que irán mutando, transformándose, nutriéndose y generando nuevos interrogantes.

Todos estos interrogantes surgen del encuentro que a pesar del distanciamiento social la tecnología ha posibilitado mantener. El análisis remoto que muchas veces ha sido y es cuestionado, con la pandemia se puso los pantalones largos; hubo que adaptarse tratando de descubrir las posibilidades de las nuevas herramientas, movilizados por la curiosidad, lo lúdico, el placer y –seamos sinceros–, algunos con cierta resistencia, resignación y por necesidad.

Muchos de nuestros pacientes viven la pandemia con desasosiego, otros encontraron cierto disfrute y en el medio de estos dos extremos, todas las narraciones posibles; esto también atañe al analista.

Y de pronto me encontré supervisando mis pacientes y en sesión a través de una pantalla: lo virtual se constituyó en la única barrera para evitar el afuera amenazante representado por el cuerpo del otro y paradójicamente es también la ventana que

permite vincularme con ese otro y poder seguir manteniendo lo esencial del psicoanálisis: la circulación de la palabra.

La oferta de sesiones virtuales fue la única alternativa posible, oferta que algunos aceptaron y pudieron sostener; otros, por el impacto que el aislamiento obligatorio tiene en el espacio de sus hogares decidieron postergar y algunos que se adelantaron a demandarlas antes que el distanciamiento social recrudesciera por el avance de la pandemia.

Al principio pensaba que la ausencia de lo presencial generaría cierta sustracción (me acordaba siempre de Dora con su carterita en presencia de Freud) al mismo tiempo que estaba dispuesto a explorar la nueva modalidad evitando caer en la comparación, reflexionando cómo operan en esta las reglas de demanda y transferencia, la asociación libre, el encuadre; como la situación de objeto común “pandemia” no perturbe la necesaria asimetría que exige el hecho analítico, manteniendo la neutralidad y abstinencia sin evitar la empatía.

Descubrir que el recorte de la imagen y el elegir lo que se muestra tiene más de puesta en escena que la presencia en el diván y aún pienso en cómo procesar cuando por la pantalla me muestran el espacio en que viven, algunos hasta me han hecho conocer sus hijos y hasta saborean –muchas veces–, un café o un mate durante la sesión.

La pandemia continúa y es claro que ha legitimado las nuevas formas virtuales de tratamiento, posibilitando también un mayor acceso de muchos que, por distanciamiento diferente al social impuesto, no pueden tener; habrá que discutir nuevas reglas, reformular otras y reafirmar muchas para que la práctica del psicoanálisis no devenga, por esta mayor disponibilidad, en un objeto de consumo manejado por la mercadotecnia tan

ligada a los medios de comunicación que ofrece la tecnología que hoy -en este tiempo que transitamos-, permite su práctica.

Habrá que seguir explorando, descubriendo, aprendiendo...